

## PRESENTACIÓN

El lector familiarizado con mi *Manual de diseño editorial* podrá darse cuenta de que este libro está basado en el capítulo 14 de esa obra. Para traer esa información aquí, la he actualizado y ampliado. Hallará el lector multitud de datos nuevos que complementan la ardua reconstrucción de la historia de los signos y algunas pinceladas de análisis crítico sobre ciertas leyendas y mitos. Encontrará también normas ortotipográficas actualizadas para muchos caracteres, más ilustraciones, guías sobre el diseño tipográfico y más.

## ORTOTIPOGRAFÍA

Permítaseme, antes de ir a las advertencias sobre este libro, esbozar unas ideas con respecto a la ortotipografía. Si queremos que un texto —el libro más complejo o la carta más sencilla— sea leído con comodidad, sea interpretado con precisión y se vuelva imperecedero en la medida de lo posible, la ortotipografía es fundamental. Se trata de una mesa que descansa sobre tres soportes: una pata voluminosa y dos delgadas. La voluminosa es la diacrisis, puesto que la ortotipografía se debe al sentido. Ningún recurso ortotipográfico es lícito si pone en riesgo el significado. Las otras dos patas, cuyos respectivos grosores resultan más o menos equivalentes, son la tradición y la estética. La ortotipografía se puede sostener con la pata de la diacrisis, pero no con las otras dos solas. Desde luego, la mesa es mucho más estable cuando las tres patas están bien firmes sobre el suelo.

Las reglas ortotipográficas son el producto de una evolución larguísima, y hablo de una evolución en el sentido darwinista de la palabra. Los

signos han sido puestos a prueba durante cientos de años, se han transformado, se han camuflado, han mudado de oficios. Algunos han llegado hasta nuestros días porque su vigor se confirma tenazmente. Ciertos signos seguirán evolucionando por muchos más siglos; otros están languideciendo y desaparecerán algún día; otros más vienen llegando. No hay buenos ni malos; ni siquiera hay pérdidas lamentables... Tenemos lo que necesitamos hoy. Dentro de cien años habrá lo que se necesite entonces. No hay nada absoluto en estas materias, pues los usos cambian con el tiempo y el espacio.

Por lo dicho, en esta obra está esbozada, signo por signo, la «selección natural» de nuestros caracteres tipográficos.

Ahora le pido que convenga usted conmigo en que el acatamiento a ciertas reglas hace que un idioma sea verdaderamente universal. Usted tendrá un lenguaje en casa, otro en el barrio, otro en el trabajo, otro en el pueblo o su comunidad o su jurisdicción o su país... Pero, mientras más amplio y diverso sea su público, más estrictamente acotado debe ser el código con que se comunique.

El lenguaje también aspira a otro par de cosas que olvidamos a menudo: la comprensión por parte de los lectores especiales y la persistencia. Los lectores especiales son quienes no pueden leer con fluidez. No hablo solo de personas fisiológicamente limitadas, que incluso serán las menos, sino, por ejemplo, de quienes están apenas aprendiendo a leer en nuestro idioma. Para todos los lectores especiales, un sistema de reglas sólido y congruente es una ayuda inestimable. Trate usted de leer un manuscrito del siglo v; podrá reconocer las letras individuales, pero difícilmente el significado, y entenderá entonces lo que le digo.

La persistencia de los códigos, por otro lado, es lo que nos permite seguir entendiendo con mayor o menor dificultad aquello que nuestros antepasados escribieron hace cientos o miles de años. Mientras los signos antiguos sigan coincidiendo con los nuestros, nuestra comprensión de los viejos mensajes será menos difícil; en la medida en que los lectores del futuro estén familiarizados con nuestros códigos, la distancia que nuestros mensajes recorran en el tiempo será incalculable.

Por todo esto, la ortotipografía se basa en un código muy formal que solo pueden blandir quienes están bien aleccionados. Y aun los más expertos necesitan contar siempre con obras de consulta que los ayuden a resolver los múltiples —y a menudo inesperados— problemas que se les plantean. A fin de cuentas, el lenguaje tiene unos modos de gobierno muy peculiares: la lexicografía es anárquica; la gramática, democrática, y la ortografía, tiránica. La ortotipografía... La ortotipografía es oligárquica.

Aunque el objeto de esta obra no son los cánones editoriales, el lector encontrará aquí una buena parte de lo que los diseñadores —en particular, los diseñadores editoriales—, así como los compositores tipográficos y aun los redactores, correctores y traductores deben saber sobre diacrisis exógena; esto es, sobre qué quieren decir los signos que se añaden al texto y cómo deben ser tratados. Por lo tanto, no están aquí las reglas de la ortotipografía endógena, como el uso de las cursivas, las mayúsculas, las versalitas y otros temas por el estilo. Quien quiera averiguar sobre ellos podrá encontrarlo en mi *Manual de diseño editorial*.

#### LA ORTOTIPOGRAFÍA EN ESTA OBRA

Es muy difícil, en un texto como este, seguir al pie de la letra los cánones ortotipográficos. Por ejemplo: si me propongo hablar de una letra como la *a* por cosas que tienen que ver con su aspecto, no me sirve escribir *a* ni **a**, como mandaría la ortodoxia. También por razones de precisión, no he puesto de cursivas los ejemplos que van en párrafo aparte. Ruego al lector que tenga paciencia cada vez que la falta de diacrisis le dificulte la lectura.

#### ABREVIACIONES

En el texto hay unas cuantas siglas bien conocidas por la mayoría de los lectores: LA ASALE es la Asociación de Academias de la Lengua Española. DRAE son las siglas de *Diccionario de la Real Academia Española*, un nombre muy usual para una obra que nunca se ha llamado así. DLE sí que es el *Diccionario de la lengua española*. Finalmente, RAE es la Real Academia Española.

#### AGRADECIMIENTOS

Son muchísimas las personas a quienes debo mi agradecimiento por haberme ayudado directa o indirectamente con este trabajo, y, por supuesto, me quedaré muy corto en esta enumeración: Mis amigos, colegas, socios y cómplices Alberto Gómez Font, Antonio Martín y Xosé

Castro Roig, quienes me han llenado la cabeza y la biblioteca de datos invaluable; André Gürtler, quien me enseñó los rudimentos del diseño tipográfico; José Martínez de Sousa, con quien siempre estaré en deuda, pues me he nutrido gracias a sus libros, a nuestra correspondencia y a nuestra amistad; Pablo Cosgaya y José Scaglione; Javier Bezos, Jacques André, Ricardo Espinosa y Magnus Alm; Olaya González Dopazo, la correctora de esta obra, que me ha dejado con buenas lecciones y algún tirón de orejas, y Álvaro Díaz Huici, mi editor, que siempre cree en mis proyectos.

En el libro mayor de mis agradecimientos siempre estarán mi padre (que se fue hace poco), mi madre, mis hermanos, mis hijos; de manera especial, Marichu y Juli... De hecho, está toda una familia numerosísima y ruidosísima donde hay montones de consanguíneos, así como un cúmulo de agregados —familiares políticos y amigos— que están ahí porque quieren. Estos últimos, a fuerza de pasar tantos años con nosotros, ya llevan nuestra misma sangre.

Juriquilla (Querétaro), junio del 2017